FRAGMENTOS

UNA REVISTA QUE PIENSA

SOBRE LO POPULAR

Perspectivas de aquello que somos



UNA CARÁTULA DE GUSTAVO MARLOW

2026 | REVISTA FRAGMENTOS | NÚMERO 8



ÍNDICE

EDITORIAL

EL BARRIO, MI PATRIA: APUNTES SOBRE LO POPULAR
- PÁVEL GARVAL

LAS VENAS DE AMÉRICA LATINA
- TITO MOSQUERA

TODAVÍA TENGO AMIGOS
- JOAN MANUEL GIRÓN

TANGERINE
- JUAN GONZALES

EL ARTISTA
- GUSTAVO MARLOW

DEVOCIÓN POPULAR
- MONCHO HERRERA

#008





EDITORIAL

LA VIDA QUE HACEMOS EN COMÚN

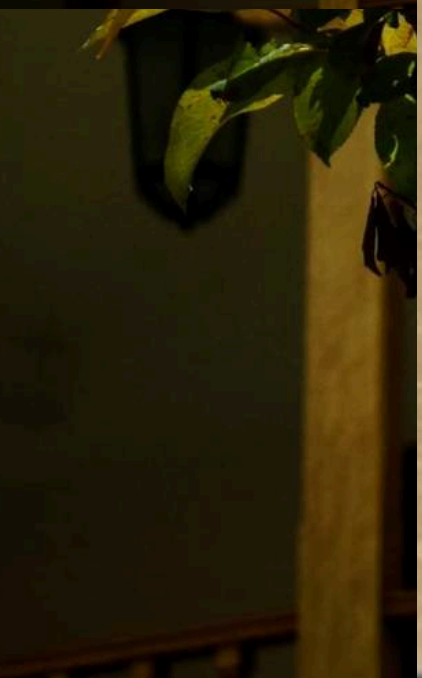
¿De qué hablamos cuando hablamos de lo popular? Hay una dificultad en hablar de lo popular sin romantizar su sentido. El barrio solidario, la música que reúne, la devoción que convoca, la creatividad que resuelve la vida cotidiana. Todo eso existe. Pero también existen las desigualdades, las exclusiones, las relaciones de poder y las heridas que atraviesan esas mismas experiencias. Lo popular no es un territorio libre de contradicciones. Tampoco necesita ser idealizado para reconocer su potencia. Cuando lo convertimos en una imagen pintoresca, corremos el riesgo de ocultar aquello que deberíamos estar dispuestos a mirar.

En “El barrio, mi patria”, Pável escribe desde un lugar que no necesita explicar su pertenencia. La calle misma es memoria, aprendizaje y territorio afectivo. Allí se aprende a trabajar, a compartir, a reconocer al vecino y a encontrar dignidad en aquello que se construye con lo que se tiene. Pero su texto también nos enfrenta a una pregunta sobre el valor que otorgamos a esas formas de vida. ¿Cuándo el elogio del ingenio termina justificando la precariedad? La dignidad de lo popular no puede convertirse en una excusa para naturalizar las condiciones que obligan a tantas personas a vivir resolviendo con lo que encuentran.

Tito, en “Las venas de América Latina”, sigue el rastro de la cumbia a través de sus recuerdos familiares y de las geografías musicales del continente. Las canciones que sonaban en casa, las voces de su madre, la televisión, los mercados y las distintas formas que fue adquiriendo este género revelan una historia de encuentros, migraciones y mestizajes. La cumbia aparece como una lengua compartida, pero también como expresión de sociedades que se transforman, se desplazan y producen cultura desde sus propios márgenes. En esa circulación musical se reconoce una América Latina que no cabe en las fronteras ni en las jerarquías culturales que durante tanto tiempo han establecido qué sonidos merecen prestigio y cuáles quedan relegados a la etiqueta de música popular.

En “Devoción popular”, Moncho se aproxima a la figura de Juan Pablo II y a la fuerza de las multitudes que acompañaron su visita al Perú. Su relato parte del recuerdo de una devoción colectiva para internarse en una historia mucho más incómoda: la relación entre la autoridad religiosa, el poder y las denuncias de abuso sexual dentro de la Iglesia. La fe de millones de personas no puede servir de refugio para la impunidad de quienes ejercen autoridad. El fervor de las multitudes tampoco debería impedirnos preguntar qué responsabilidades permanecen pendientes y qué voces fueron silenciadas. La devoción merece ser pensada también desde el lugar de las víctimas.





Juan nos lleva al cine con “Tangerine”, la película de Sean Baker. A través de sus personajes, el autor propone una mirada sobre las vidas que suelen quedar fuera de las representaciones dominantes, particularmente aquellas atravesadas por la exclusión y el estigma. La película permite preguntarnos quién tiene derecho a aparecer en una historia, quién decide cómo se representa a quienes viven en los márgenes y qué ocurre cuando sus vidas dejan de ser material de observación para convertirse en experiencias con voz propia. La amistad, el cuidado y la posibilidad de encontrar refugio en otros adquieren aquí una fuerza particular. Hay formas de comunidad que nacen precisamente allí donde las instituciones han dejado de responder.

En “Todavía tengo amigos”, yo, Joan Manuel, reconstruyo una experiencia familiar atravesada por la enfermedad de mi madre y la organización de una pollada para afrontar los gastos de su atención. La historia comienza con un mensaje de mi padre, una frase breve que trae consigo años de amistad, calles de barrio y la persistencia de los vínculos: “Todavía tengo amigos”. La respuesta de los antiguos compañeros, amistades y quienes encontraron alguna manera de colaborar revela una trama de afectos que el tiempo no ha conseguido deshacer. Pero detrás de esa historia de afectos permanece una pregunta que no podemos dejar de lado: ¿por qué una familia debe movilizar a toda su comunidad para afrontar los costos de la atención de salud? La fuerza de una red de apoyo no debería hacernos olvidar la responsabilidad de un sistema público que tendría que garantizar ese derecho.

Cinco textos, cinco recorridos que no buscan coincidir en una definición. Sus diferencias permiten acercarnos a una pregunta más amplia: ¿qué lugar ocupa lo popular en la manera en que construimos nuestras identidades, nuestras memorias y nuestras formas de estar juntos? ¿Quiénes lo nombran, quiénes lo representan y quiénes se benefician de sus expresiones? ¿Cuándo se celebra su creatividad y cuándo se utiliza esa misma creatividad para justificar el abandono?

Hablar de lo popular exige también revisar desde dónde hablamos. No basta con reconocer su música, sus fiestas, sus formas de organización o su capacidad de resistir. Hace falta mirar las condiciones materiales en las que esas expresiones nacen, las jerarquías que las desprecian y las relaciones de poder que también se reproducen en su interior. Lo popular no está fuera de la historia ni por encima de sus conflictos.
En la calle, en la música, en la memoria, en la fe y en los gestos cotidianos se construye una forma de vida en común. Una que produce cultura, afectos y sentidos, incluso cuando los discursos oficiales apenas la reconocen. Pero esa capacidad de sostener la vida no puede convertirse en una obligación perpetua para quienes han tenido que aprender a sobrevivir con recursos propios.

Este número reúne algunas de esas huellas y las preguntas que dejan abiertas. Porque pensar lo popular supone preguntarnos por la sociedad que hemos construido y por aquella que todavía somos capaces de construir en común.

Joan Manuel Girón

El barrio, mi patria: apuntes sobre lo popular

Por Pável GarVal

Hablar de lo popular es, para mí, un ejercicio de riesgo. No puedo mirarlo desde la distancia de las ciencias sociales ni como un simple roedor de biblioteca que se apropia de la verdad. Yo vengo de ahí, yo soy calle popular. Mi geografía emocional, mi antropología primera y la memoria de mis muertos están amasadas en esa arcilla. Lo popular no es una categoría de análisis; es la piel que habito, una forma de nombrar la vida desde la perseverancia, el esfuerzo y la esperanza.

En un mundo obsesionado con las apariencias, con las superficies y el consumo descartable, lo popular crea su propia estética, su ética y su metafísica. Así, el tejido de lo popular es la arquitectura de la necesidad que no pide permiso para existir.

> **Yo vengo de ahí, yo soy calle popular.**





Lo popular es la pedagogía de la cordialidad que me enseñaron mis abuelas, Fela y Rosa.

Cuando pienso en lo popular, pienso en mi experiencia de barrio: en el segundo piso de madera reciclada, en esa pared de triplay o de plástico azul. Pienso en el póster publicitario encontrado en la calle que, de pronto, se convierte en el cuadro principal de una sala modesta en una casita de callejón o de un solar de siglos atrás. Hay ahí una dignidad incuestionable: la capacidad de componer un hogar con los despojos del mercado global, de inventar orden donde la oficialidad solo ve caos, de generar dignidad donde los cánones ajenos ven solo precariedad y pobreza.

En el barrio popular no solo aprendes a salir a trabajar o laburar; también se aprende a salir a luchar. Ahí se aprende, como me enseñó mi mamá y la señora Silvana, que el valor del esfuerzo implica levantarse temprano, asumir más de una tarea y sostener más de una chamba para garantizar la mesa familiar: el bitute, el papeo, la jama. Pero esa lucha no endurece el alma; la vuelve solidaria. Lo popular es la pedagogía de la cordialidad que me enseñaron mis abuelas, Fela y Rosa: ayudar a los vecinos sin esperar nada a cambio, ellos son mi prójimo. Así cargue el mercado de mi tía Aída, ayude a la señora Clotilde y a don Juan. La expresión de la cultura popular es saludar con respeto a los mayores; así saludaba a don Marcos, a mi tío César, al Chato José, a la señora Victoria, a la señora Julia. Sí, la solidaridad como los modales tienen rostro popular en mi historia; se aprende del valor del prójimo cargando la bolsa pesada del mercado a una anciana o parando el juego en la pista para que pase la señora cargando al bebé y llevando a sus niños de la mano; todos entendían que debían parar el juego.





En el territorio de lo popular conocí a varios sacerdotes que caminaban visitando familias, asistiendo a aquellos hombres y mujeres que se encontrarían con la muerte. Ellos daban la bendición a vivos y a muertos.

Del barrio popular nació el marciano o el chup, ese popular bloque de hielo frutado que compramos al paso para aplacar el calor; como la pollada, esa forma condimentada y grasosa que ha salvado vidas y que ha ido mutando con los años. La pollada y los chups son una manifestación del ingenio, la supervivencia y la solidaridad. Así reconozco en la memoria a la señora Chela y a mi amada Marina Flores; ellas representan esa economía del afecto que sostiene la cultura popular, en efectivo o fiado.

> **”ellas representan esa economía del afecto que sostiene la cultura popular, en efectivo o fiado.**

En el barrio, ser un caballero no es un gesto machista, sino una lección de amabilidad cotidiana. En esa misma geografía una pelea a trompadas no es fomento de la violencia, es valentía que restaura el orden; hay en esa vida ordinaria un reconocimiento profundo de nuestra propia y frágil humanidad.

La cultura popular se expresa en el barrio a través del lenguaje, esa expresión dinámica del ser humano. Por medio de esa forma singular de nombrar la vida, transformamos la semántica en un acto pícaro, travieso: “Habla pe, causa”, “Oe, qué palta”, “Puta madre, qué piña”, “Pucha, ahí vienen los tombos. Quítate las tabas y pícala, varón”, “Broder, no seas lenteja, te está chequeando el wachimán. Bien torreja eres, ¿no?”. Así construimos la realidad, así la habitamos y así tejemos nuestras historias. No es antropología: es una forma de existir, es una manera de pertenecer, de ser una misma identidad.

> **Lo popular también es sonoridad, ritmo y sabor.**

Las palabras, por otro lado, son también contenedores de afecto. Pienso así en las chapas: el Ñato, el Chino, el Loro, el Dormilón, el Nero, el Mono, el Moncho, el Biufor, el Sarandonga... ellos y más habitan la calle, son la expresión afectuosa de lo popular. No son sustantivos que nacen del desprecio, sino del sentido del humor, de la risa, de la amistad. En esas expresiones no hay bullying, aunque haya una industria cultural del derecho que defienda esa agenda. Quienes somos calle sabemos "cómo es". El apodo de esquina es picardía, es complicidad, es la risa, es una forma de canalización de la energía, de la creatividad. La pobreza, la mía, no careció de tristeza, pero no solo fue eso: también jugamos con la palabra y con lo que la calle nos proporcionaba. Así nos reconocíamos, así aún nos reconocemos estando vivos, e incluso después de la vida... "Muchachos, murió el burrito".





Lo popular también es sonoridad, ritmo y sabor. Entre nuestros instrumentos básicos, la cuchara y el cajón, la quijada de burro y la guitarra, los sectores populares compusimos letras monumentales como "El Plebeyo", escribimos en callejones de un solo caño, sin energía eléctrica, incluso sin instrucción. La música criolla no nace en el Puente de los Suspiros; nace en el callejón, en la quinta, en la vivienda popular. Así nace nuestro vals criollo, así nació también el son cubano. La historia de Pinglo, los Vázquez, los Santa Cruz, de Compay Segundo, de Ibrahim Ferrer. Nuestras canciones son una sonoridad paradójica: contamos historias tristes para bailar. Pienso en El Gran Combo, en Ismael Rivera, en don Héctor Lavoe, en Blades, luego en Tego Calderón y en Julito Voltio.

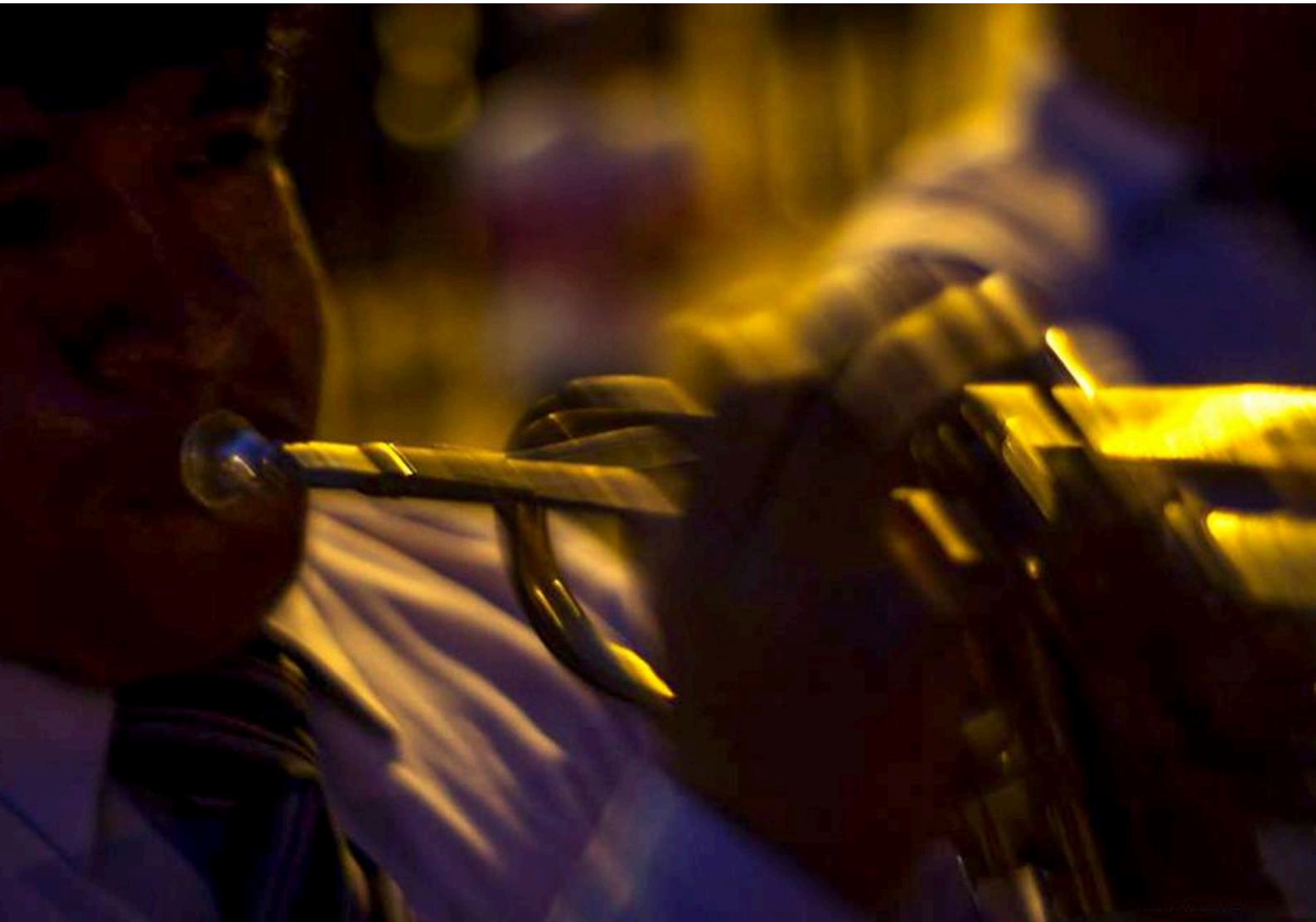
Pienso en la salsa de mi Breña, en nuestros discos vinilos de cánticos criollos. Pienso en nuestro rosado puerto del Callao, emblema de bandidos y mucho sabor.

Lo popular es nuestra historia de mestizajes: así llegó la cumbia, algunos la transformaron en chicha, le pusimos una guitarra rockera para contar las historias de nuestros cerros; el lamento andino se cholificó con la distorsión eléctrica. Chacalón cantaba y los cerros bajaban. Los Chapis pintaban de colores la gris capital, la ciudad de todos y de los nadies, mientras que Los Mirlos hicieron sonar la cumbia psicodélica desde Moyobamba. Esa misma cumbia en la Argentina de Borges y Gardel, de Diego y Charly, se hizo cumbia villera, el sónico de los marrones, como dice Milo J.

Lo popular suena, vibra, como lo hace La Bombonera y el Monumental con su Trinchera Norte que no deja de saltar. Nuestra música popular, de calle, es la mitología de aquellos que no tenemos biografía oficial.

La calle de los sectores populares se respira y se aspira. El aire del barrio está compuesto de contradicciones profundas que se entienden —o no se entienden—, pero no sentencian, porque la vida desde los lentes de lo popular no se reduce a bueno y malo.

Nuestra música popular, de calle, es la mitología de aquellos que no tenemos biografía oficial.



Aquí, en nuestros kilómetros, la tierrita huele a palo santo y marihuana, huele a santidad y a pichi, huele a trago y a condimentos. En la calle popular se vende comida de colores y aromas envolventes, pero también se microcomercializa sin discreción. Así crecemos, entendiendo que transitamos entre el cielo y el infierno todos los días.

Nuestra comida es una expresión propia de lo popular, es mezcla sin miedo: el aderezo irrumpe sin permiso por puertas, ventanas e ingresa por nuestras fosas nasales. El aroma incisivo del ajo, la cebolla y el tomate picados a mano, dorándose en la sartén, mezclados con las especias de Oriente constituyen la fuerza de nuestros platos. El "agachadito", los "siete colores", “el chifa”, “el mostrito”, todas realidades gastronómicas propias de lo popular. En nuestras comidas dialogan todas las sangres, que son las historias de nuestras culturas. La comida popular nos dice que la escasez nunca clausura la generosidad; al contrario, la multiplica. Siempre hay un plato de comida para el que llega, siempre hay un asiento para sumar a la mesa, siempre hay espacio para compartir.



“En nuestras comidas dialogan todas las sangres, que son las historias de nuestras culturas.



En el barrio popular aprendí que la muerte es parte de la vida, no es sacralidad, es naturalidad. Se expresa por medio de sincretismos, se expresa en el anisado y en los chistes, en el café con las galletitas de soda con mantequilla. El rezo, la pena y el llanto interactúan con comodidad con la risa, porque la desgracia para lo popular es también nuevos inicios. No hay manuales de conducta, hay formas de ser que recuerdan al que partió. Con la muerte no solo decimos adiós al cuerpo o al buen sujeto, sino también al pecador, al imperfecto, porque lo popular no sabe de perfeccionismos, se alimenta de realismo, uno que es mágico para los ajenos.

Y, finalmente, quizás la manifestación más pura de esta matriz que es lo popular sea la amistad de vereda. Es la tapita de gaseosa cargada de barro jugando en el borde de la pista, convirtiendo el sardinel en un camino, en un territorio de infancia. Son las conversaciones infinitas en la esquina con mi amigo Chino, esas pláticas donde soñábamos despiertos y nos jurábamos amistad eterna, abrazados a esa idea fantástica y hermosa de que el 'para siempre' es posible, de que el infinito nos pertenece. Mantener esos lazos es la última forma de sostener la esperanza y resistir a los golpes duros de la vida. Ese realismo no es mágico: Chino sigue siendo mi amigo y yo el suyo.

Lo popular no es la pobreza narrada desde la lástima ni el folclore vendido en una tienda de regalos de algún distrito de clase media, no es la tematización de alguna ideología decadente; es la fuerza viva de quienes han aprendido a hacer patria en el barrio. Es la certeza de que, cuando el Estado no llega y la República es fantasmal, la única institución indestructible que nos queda es la mano extendida, el saludo amable y la palabra compartida del hermano de ruta: esos son los amigos del barrio, los que están, los que cuidan, los que celebran, los que abrazan, los que no juzgan.

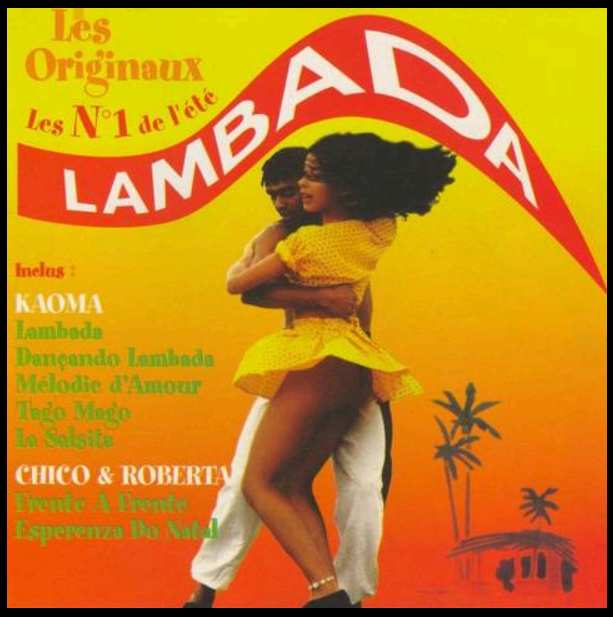
FRAGMENTOS

ESTACIÓN RESONANCIA

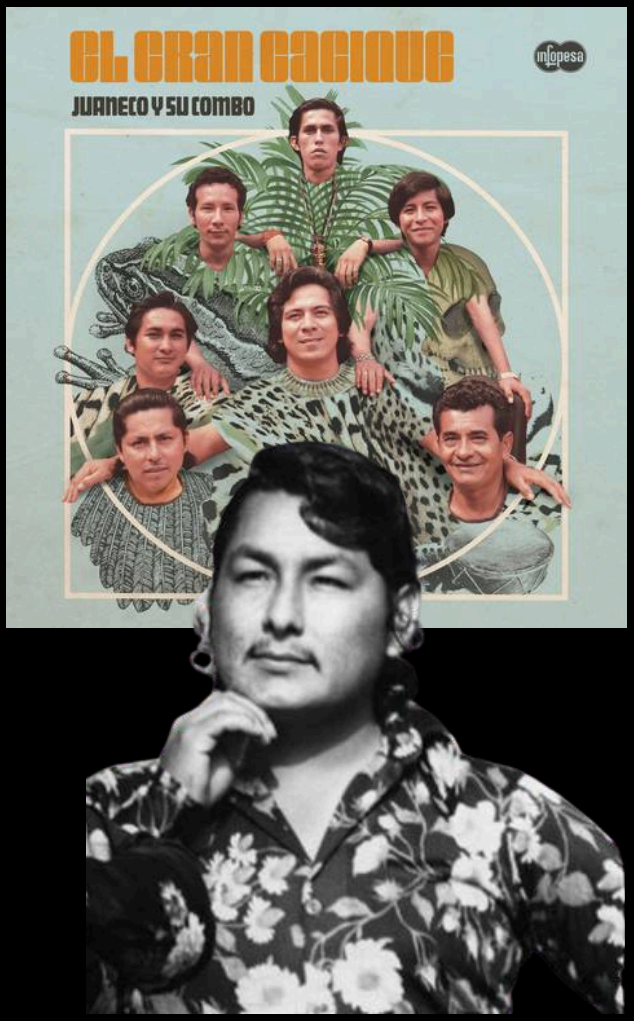
Las venas de América Latina

Por *Tito Mosquera*

La televisión ha sido la radio de mi época. Ella me mostró mucha música en la vida. Canales como Uranio15 o el Canal33 UHF o programas como “Viva el sábado” fueron moldeando mis primeras escuchas. Reggea, rock, salsa (que sonaba en el barrio), pop, criollo, cumbia; sin internet estábamos a la merced de los programadores y en esos tiempos la cumbia no era algo que sonará con frecuencia en mi órbita.



Me recuerdo caminando de la mano de Julia, mi madre. En alguna de las incursiones que hacíamos, en alguna de las teles del mercado de mi barrio, sonaba de fondo "Lambada", tema bailable de tierras brasileñas que rebotaba y rebotaba en esta ciudad de sordos selectivos. Poco sabía de ese tipo de música. Me parecía algo de moda, de momento.



Recuerdo a Lucía y a Julia cantando cuando cocinaban; a Lucía, sobre todo. Era un karaoke: salsas, criollas, huaynos, cumbias (en esa época no sabía que se llamaba así; y ni qué decir de bailar). Con mi tía Lucia bailé mi primera cumbia: "Ya se ha muerto mi abuelo", de Juaneco y su combo.

Hacia al final de mi adolescencia comencé a tener mayor conciencia de lo que sonaba en esos diales, lo que llamábamos "chicha" que no era más que cumbia. Conocía alguno que otro tema: "Viento", "Muchacho Provinciano". Chacalón era una fuerza representativa; Agua Marina, Néctar; también sonaba "el baile del chino". Ahí entendí que no estaba dimensionando algo. La cumbia era un fenómeno que yo desconocía en su totalidad.

Qué duda cabe que desde que la cumbia surgió en Colombia y se extendió por America Latina fue y es el sonido que atraviesa la historia musical de este lado del planeta. Desde México, con la cumbia rebajada; pasando por Centroamérica y la cumbia panameña (por citar una de ellas); transitando por Colombia (la cuna del género); acá en el Perú con la cumbia norteña, la chicha, la technocumbia; la lambada en Brasil; la cumbia villera en Argentina; cumbia chilena o la uruguaya, muy ligada a la plena; cada uno de esos países adoptó este estilo que es la amalgama de la fusión y el sincretismo en este continente.

La cumbia cumple la misma función que el idioma: nos hermana, nos dice que no solamente compartimos las desgracias y maleficios de este pueblo. Es y será el sonido que recorre las venas abiertas de la América Latina, es el sonido popular por excelencia; se relatan historias de exclusión, de amor, de desamor, de migración, historias costumbristas; es instrumental y sofisticado; abraza los bailes y el goce; se fusiona con otros estilos sin perder su sencillez y su carisma. Si América Latina tuviese un himno nacional, de seguro sería al ritmo de cumbia.

FRAGMENTOS

ARTE Y POLÍTICA

Todavía tengo amigos

Por Joan Manuel Girón

“Todavía tengo amigos”, nos escribió Girón -mi viejo- en el grupo de familia. Se le sentía emocionado. “Cucharita”, un gran amigo de su barrio de juventud le había hecho un depósito. Estaba de viaje, lejos de Lima, pero había encontrado la manera de sumarse.

> esa siempre extraña persistencia de los afectos que uno va construyendo sin saber cuánto tiempo ni cómo llegarán a acompañarlo.

Me quedé mirando el mensaje por varios segundos -lo copié en mis notas del celular-. Eran días de mucha tensión y desorden de emociones con mis hermanos. Mi viejo había dicho “todavía tengo amigos”. No escribió que tenía un amigo que lo había ayudado. Dijo que todavía tenía amigos. Ese “todavía” albergaba muchas posibilidades; muchos años, las calles del barrio de Sebastián Barranca en La Victoria, las historias compartidas tras sus partidos del Mundialito en “El Porvenir” y esa siempre extraña persistencia de los afectos que uno va construyendo sin saber cuánto tiempo ni cómo llegarán a acompañarlo.



Por esos días estábamos intentando organizar una pollada para afrontar los gastos de la atención médica de mi mamá. Su estado de salud era -es- complicado. El seguro social no había podido atenderla como hubiéramos esperado -como la mayoría aquí en el Perú espera- y tuvimos que recurrir a una clínica. Los gastos comenzaron a crecer y con ellos la preocupación de no saber cómo íbamos a cubrirlos. Con la familia nos sentamos a pensar qué hacer. Y así apareció la idea de una actividad pro fondos para la semana siguiente.

Empezamos calculando la meta de 250 polladas; meta complicada porque el tiempo apremiaba. La convocatoria comenzó a circular entre familiares y amistades. Los mensajes empezaron a llegar uno detrás de otro; algunos preguntaban cómo podían ayudar; otros ofrecían su tiempo y sus autos para organizar y trasladar los pedidos. La cifra fue creciendo hasta acercarse a las 750 polladas vendidas en un par de días de octubre. Una cifra que escapaba a nuestro entendimiento.

Mi mamá seguía internada. Nos turnábamos para acompañarla en la clínica y, entre una visita y otra, atendíamos los mensajes, coordinábamos los pedidos, organizábamos los repartos. Ella estaba pendiente de todo desde su habitación. Nos enviaba recados, preguntaba cómo iba la venta, quería saber si todo estaba saliendo bien. También se emocionaba.

”El seguro social no había podido atenderla como hubiéramos esperado -como la mayoría aquí en el Perú espera- y tuvimos que recurrir a una clínica.



Son esos encuentros raros que nos devuelven una parte de nuestra propia historia.



Llegó el día y la casa empezó a llenarse de gente. Llegó la familia más cercana. Se sumaron las amistades de toda la vida, compañeros de colegio, de la universidad, del trabajo. Aparecieron personas a las que no veíamos desde hacía muchísimo tiempo. Algunos llegaron porque solo recibieron un mensaje. Cada quien encontraba una manera de hacerse presente. Algunos pusieron sus carros a disposición y, junto con otros, recorrieron distintos puntos de la ciudad para entregar los pedidos. Hubo quienes asumieron la venta como su propia cuota de ayuda. Otros hicieron depósitos, consiguieron compradores o se encargaron de resolver aquello que iba apareciendo en el camino. Nadie necesitó demasiadas instrucciones. Las cosas empezaban a ocurrir. Solo a ocurrir, sin necesariamente entender del todo lo que pasaba.

Recuerdo especialmente la llegada de una amiga de mi mamá. Habían estudiado juntas desde la primaria. Llegó desde Ventanilla, acompañada de su hija, su nieta y su yerno. Un bastón sostenía toda esa energía que brotaba de su noble corazón. No sé cuánto tiempo le tomó llegar hasta Breña ni cuánto esfuerzo le significó el recorrido. Solo sé que llegó. Que quiso estar. Que buscó a mi mamá -pese a que sabía que estaba internada-, que se acercó a nosotros y que trajo consigo esa amistad que había comenzado muchos años atrás, cuando ambas todavía eran niñas. Son esos encuentros raros que nos devuelven una parte de nuestra propia historia**.** Verla llegar fue uno de ellos.



El lugar donde realizamos la pollada fue el otrora Vinilos Bar, en Breña, casa de Bocha. Hace algunos años, ambos, compartimos el sueño de sacar adelante un bar cultural en nuestro barrio. Un lugar para la música, la poesía, el teatro, las conversaciones y todo aquello que encuentra su lugar cuando las personas deciden tocar una ventanita y abrir una puerta. Esta vez, esa misma casa volvió a recibirnos por una razón distinta. Las mesas, el espacio y la disposición de quienes estaban ahí se pusieron al servicio de nuestra familia.

Breña estaba presente una vez más. El barrio al que uno vuelve, las amistades que se cruzan para saber que nunca se fueron, las personas que se conocen de una u otra manera en ese tránsito. Esa geografía cotidiana donde las noticias circulan de boca en boca y donde alguien siempre conoce a alguien que puede ayudar. La pollada fue tomando la forma de una pequeña movilización. Las motos desfilaban en la puerta de ingreso para trasladar pedidos, los carros partían, los teléfonos no dejaban de sonar. Había cansancio, preocupación y bastante trabajo. Pero también había risas y miradas de gratitud que se entendían solo con un gesto.

Breña estaba presente una vez más. El barrio al que uno vuelve, las amistades que se cruzan para saber que nunca se fueron.



Mientras todo eso ocurría, me era inevitable pensar en cuántas historias forman parte en una actividad como esta. Una pollada suele comenzar con una necesidad concreta y una cuenta que no termina de cerrar. Hay que conseguir los insumos, preparar la comida, encontrar un lugar, convocar a la gente, vender, asegurar las ventas y hacer que todo funcione. Pero alrededor de esa organización empiezan a aparecer otras cosas que se sienten en el cuerpo y hasta más allá -o más acá-, en el alma. Los vínculos se activan. Las memorias regresan. Las personas se reconocen y se hacen cargo, cada una desde sus posibilidades, de algo que le está ocurriendo a otra.

Tal vez por eso me interesa pensar lo popular desde esta experiencia. En el barrio, en la calle, en las reuniones familiares, en las actividades que organizamos para salir adelante; existe una forma de relacionarnos que no siempre encuentra lugar en los discursos sobre el progreso o el éxito individual. Una manera de entender que la vida también se sostiene con los demás, cuando nos aproximamos al otro -es decir, cuando nos hacemos prójimos-, en lo cooperativo y lo colaborativo de la comunidad. Cuando las dificultades de una familia pueden convocar a personas que no necesariamente tienen una obligación con ella. Cuando una amistad de la infancia puede reaparecer décadas después y hacerse presente en un momento decisivo.



Una manera de entender que la vida también se sostiene con los demás, cuando nos aproximamos al otro.



Hay una memoria de la reciprocidad que atraviesa muchas de nuestras formas de vivir. En el mundo andino tiene un lugar profundo, con sus propias prácticas y sentidos. En la ciudad también podemos reconocerla, aunque sus expresiones sean otras. Y es que está en quien presta el carro, en quien vende una o 10 polladas, en quien llega desde lejos, en quien deposita desde otra ciudad, en quien despierta temprano para estar con nosotros y empezar el trabajo. Está en esa disposición de ofrecer algo propio para que otra persona pueda atravesar un momento difícil de forma menos difícil.

No quisiera convertir esta experiencia en una postal de la solidaridad, porque eso no fue lo único que estuvo presente. Organizar una pollada mientras tu mamá permanece internada tiene sus tensiones, sus confrontaciones, sus angustias, sus aceptaciones. Hay cuentas que pagar, decisiones qué tomar, cansancio acumulado y una incertidumbre que no desaparece a pesar de la presencia de los tuyos. La enfermedad y sus gastos, sobre todo, en nuestra Latinoamérica, pueden dejar a cualquiera en una situación muy vulnerable.

Mi mamá está ahora en casa. Sigue recuperándose, muy de a pocos. Su estado de salud todavía es delicado y continúa con sus tratamientos. Hay días mejores que otros. Conserva, sin embargo, esos impulsos suyos de querer salir adelante, de preguntar, de agradecer, de imaginar lo que hará cuando se sienta mejor. Nos ha dicho cuánto la emocionó lo que ocurrió. Nosotros, por nuestra parte, también seguimos tratando de entenderlo.





Como hermanos, creo que estos días nos han dejado algo que todavía estamos procesando. Cuidar a los nuestros implica estar. Y estar no siempre es sencillo. Hay que acompañar el miedo, las preocupaciones, el desgaste, las diferencias que aparecen cuando una familia atraviesa una situación límite. Hay que aprender a turnarse, a pedir ayuda, a recibirla. Y a aceptar que no podemos resolverlo todo solos.

En Breña, durante un par de días, una casa volvió a llenarse de gente.

Pienso nuevamente en el mensaje de mi viejo: “Todavía tengo amigos”. Quizás eso sea también parte de lo que conocemos como lo popular. Una narración que no termina en quien la protagoniza, porque siempre hay otros que la reciben, la continúan y la hacen suya. Un relato hecho de barrios, de familias, de amistades, de puertas que se abren y de manos que aparecen cuando hacen falta.

No sé si mi papá imaginaba, cuando escribió aquellas tres palabras, todo lo que estas representaban. Tal vez solo estaba emocionado por el gesto de “Cucharita”. Y eso, acaso, sea suficiente. Quizás aún lo sigue dimensionando.

Mi viejo todavía tiene amigos. Mi mamá tiene una historia de afectos que sigue llegando hasta su puerta. Y nosotros, sus hijos, tuvimos la oportunidad de mirar de cerca esa trama que también nos ha sostenido y que, de diferentes formas, ahora nosotros sostenemos en quienes han llegado.

En Breña, durante un par de días, una casa volvió a llenarse de gente. Había una familia intentando salir adelante y muchas personas alrededor que decidieron acompañarla. Creería que allí, en esa escena tan nuestra, hay algo de lo popular que valga la pena contar.

Tangerine

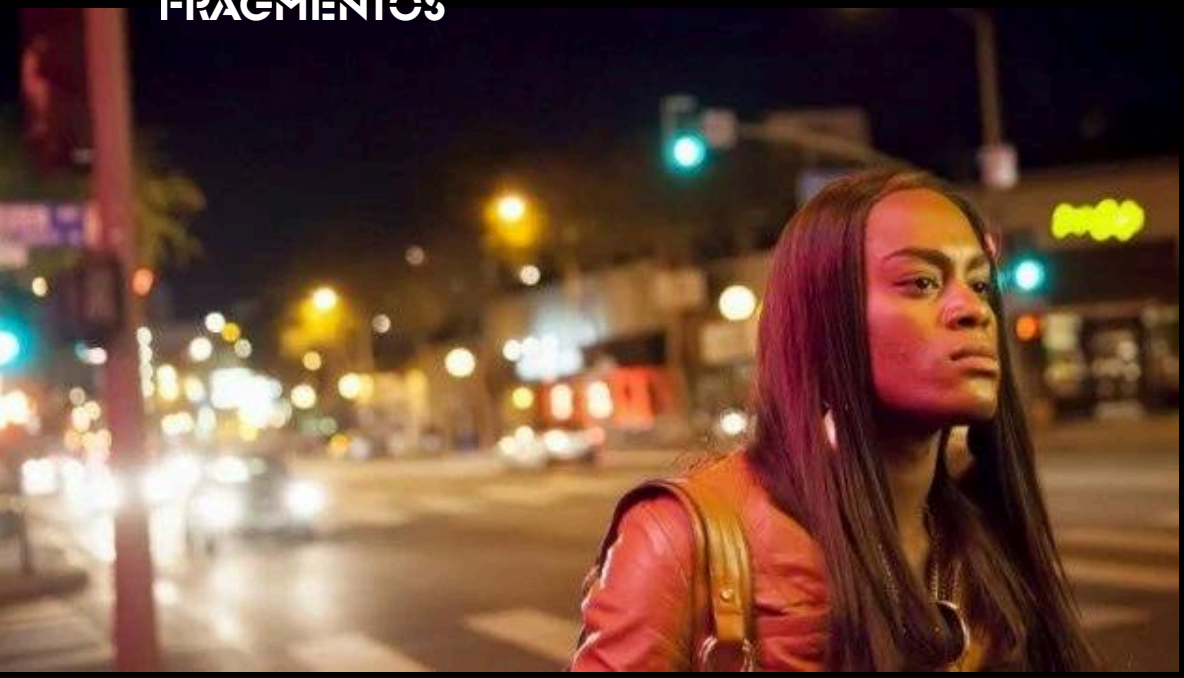
(Sean Baker, 2015)

POR *Juan Gonzales*



Se nos ha pedido pensar en “lo popular” como concepto. Si bien el concepto popular tiene sus raíces conceptuales en el latín, en el término: popularis (relativo al populus o pueblo), como una masa basta e informe. Es decir, lo popular señala aquello que proviene de un grupo amplio de la población, que no detenta o administra el poder. Por ello, debemos partir reconociendo dos cosas. La primera, es difícil darle una única definición. Lo segundo, es el reconocer que se asume sin más a un grupo amplio de la población (como clase, como masa, como folclor, como desplazados, etcétera), que se encuentra funcionando de forma subalterna a los grupos de poder instituidos en la sociedad. Es decir, aquellos que reciben todos los beneficios y ventajas que les aseguran un desarrollo pleno y completo.





Cabe señalar, que allende del orden simbólico que cada teoría critica pueda utilizar para evidenciar el poder que desplaza a “lo popular”, lo cierto es que, de facto, son los más los que sufren en cada sociedad, la imposición de un orden que inhabilita y limita a un gran grupo de la población a encontrarse supeditado a la condición de materia orgánica que sostiene el poder vigente. Dentro de ese gran grupo que representa “lo popular”, se encuentran grupos que suelen ser reducidos a una mirada paternalista y moralista (de arriba hacia bajo), en la que el sujeto representado, se convierte en un objeto de entretenimiento de los grupos de poder. Sea para reforzar la idea de que esa forma de vida, esta mal y que solo puede llevar a degradar al ser humano (reforzando la necesidad del orden y la promesa de estabilidad del poder vigente) o intentando reflejar lo exótico o diferente que puede ser ese grupo marginal en su día a día.





Son pocas veces en las que podemos ver como en el filme Tangerine (Sean Baker, 2015), una mirada que no es aleccionadora, moralista o que intenta explotar el dolor de otros con el fin de atraer publico a las salas de cine. La potencia del filme de Baker es que le brinda a la actriz Mya Taylor, el espacio para que su personaje Alexandar pueda acontecer no desde la mirada que le impone el director, sino que nos logre representar de forma vivida, la búsqueda de Alexandar por intentar darle propósito a su vida a través de la venganza, pero que sea finalmente el afecto, la empatía, la solidaridad que viene de su amiga Sin Dee (Kitana Kiki Rodriguez), quien comparte con ella, no solo su dolor, sino que comparte con ella vínculos que se desarrollan y fortalecen, no desde el poder que las excluye y violenta. Pues, ahí donde no hay justicia por parte de la sociedad establecida y el Estado, surge como pensaría Rita Segato, el espacio popular, del amparo por parte de una comunidad de individuos que comparten no solo historias de explotación y exclusión, sino el hecho de elegir cuidarse entre sí. Por eso nos quedamos con la idea de “lo popular” como esos territorios comunales de los que nos habla Segato, en el que se resiste, en el que se cuida, en el que no se teoriza, sino que se actúa.

RESEÑA

Caminos y retratos

Gustavo Marlow Luna



Gustavo es comunicador y fotógrafo profesional, especializado en retrato y eventos, es decir, fotografía la vida. Trabaja en fotografía desde el año 2015. Antes anduvo unos cinco años en Hidrógeno Producciones, donde realizó asistencia de realización y cámara en diferentes proyectos videograficos como documentales, spots televisivos y realización de programas de TV. Luego la vida lo llevó por la ruta de los eventos corporativos, a registrar esa forma de hacer sociedad. En ese andar su visión del retrato nunca lo dejó, lo siguió acompañando, como hasta hoy.



Así llegó el 2021, cuando su andar lo llevó a trabajar con la comunidad Plus Size, donde se comenzó a componer más finamente su manera de hacer retrato. Hacer retratos es enfrentar a ese otro que tenemos en frente, es captar ese instante que da cuenta no solo de un estado, sino de una historia, de una forma de ser y de estar, de una manera de habitar la vida. Su interés por el color lo llevó a claros oscuros. Para Gustavo el quehacer fotográfico es catarsis, como la música.

En los últimos años participó en diferentes workshops para la formación de modelos y otras personas que buscan esa experiencia en un fragmento de tiempo.

Para conocer más de su trabajo ver su IG: @gustavomarlowluna

EDUCACIÓN

Devoción popular

Por *Moncho Herrera*

Entre las imitaciones que nuestro profesor de Historia realizaba en el aula, la de Juan Pablo II era, sin duda, la más destacable. Dotado del oído excepcional que caracteriza a los buenos imitadores, el profesor capturaba con precisión los distintos matices de una voz en la que se entremezclaban el sonido estático de una radio en mal estado —propio del acento polaco— y el tono melodioso e inofensivo del peruano, además de las otras once lenguas que, según se decía, dominaba el pontífice-. “El Papa se siente charapa”, decía el profesor, reproduciendo las palabras que Karol Wojtyła habría pronunciado durante su visita a la región de Ucayali, en la selva peruana, cuando la feligresía congregada a sus pies le expresó que el Papa era uno de los suyos. Corría el año 1985 y, como correspondía a un país mayoritariamente católico como el Perú, los escolares de entonces fuimos movilizados para recibirlo, agitando entre nuestras manos pequeñas banderas del Vaticano confeccionadas con papel lustre.



El Papa se siente charapa, decía el profesor.

Han transcurrido 41 años desde aquella primera visita de la máxima autoridad de la Iglesia católica a un país devastado por la violencia terrorista de Sendero Luminoso y la profunda crisis económica de los años ochenta. Entre quienes hoy rondan los cincuenta años —o los han dejado atrás—, el recuerdo permanece imborrable, tanto entre sus seguidores como entre sus detractores. En Juan Pablo II no se reconocía únicamente la investidura eclesiástica, se le atribuía, además, un carisma arrollador, capaz de conectar con multitudes en cualquier lugar del mundo, para envidia de políticos y estrellas de rock. Medellín, Buenos Aires, Río de Janeiro y Ciudad de México no fueron solamente escalas de un itinerario latinoamericano —como las paradas de una banda durante su gira de promoción—, sino también escenarios de convocatorias multitudinarias que alcanzaban el millón o incluso los dos millones de personas. Nada comparable, sin embargo, con los cinco millones de filipinos que salieron a las calles de Manila para presenciar al llamado “Papa peregrino”.



Siempre atento a conectar asuntos aparentemente inconexos, nuestro profesor de Historia supo aprovechar aquella cifra récord para lanzar un comentario irónico en clase: “Más opio para el pueblo”. La ocurrencia remitía tanto a la historia del control estatal del opio en Filipinas durante el siglo XIX como a la conocida crítica marxista de la religión, entendida como un analgésico social frente a las penurias de la existencia: un consuelo que alivia el sufrimiento, pero que no transforma las condiciones materiales de miseria ni permite alcanzar una felicidad verdadera.

Más allá de las consignas marxistas, del alcance global del mensaje evangélico y del innegable carisma del pontífice, también pesa sobre Juan Pablo II la sombra de las denuncias por el encubrimiento de los abusos sexuales cometidos por miembros del clero. En Máxima culpa (1992), el periodista Overbeek sostiene que Juan Pablo tenía conocimiento de estos casos incluso antes de convertirse en cabeza de la Iglesia, pero optó por guardar silencio. Sin embargo, quizá la denuncia de mayor repercusión mediática fue la protagonizada por Sinéad O'Connor, la cantante de «Nothing Compares 2 U». En 1992, durante una emisión de Saturday Night Live y ante millones de espectadores —muchos más, desde luego, que los congregados en Manila—, O'Connor rompió una fotografía del papa Juan Pablo II justo después de pronunciar las palabras: “Sabemos que ganaremos. Confiamos en la victoria del bien sobre el mal”. Aquella intervención le valió el repudio de numerosos feligreses católicos y contribuyó a precipitar su marginación de la industria musical. Con el paso del tiempo, sin embargo, su gesto ha adquirido una dimensión distinta: la de una denuncia que anticipó y puso en evidencia una sucesión de revelaciones sobre una Iglesia que, lejos de actuar conforme al Evangelio que predicaba, antepuso en demasiadas ocasiones sus intereses institucionales a la protección de las víctimas.

”Confiamos en la victoria del bien sobre el mal.



A pocos días de la visita de León XIV a nuestro país, este debería ser un asunto insoslayable en sus discursos: la necesidad de hacer justicia a las víctimas de un sistema de opresión que también ha echado raíces en el corazón de la propia Iglesia. Echando mano del archivo marxista, el viejo profesor de Historia probablemente recomendaría “cepillar la historia a contrapelo” contarla desde el lugar de las víctimas y no desde el de quienes detentan el poder, aunque sea por una vez. En medio de este contexto de devoción popular, semejante gesto podría contribuir a recomponer nuestra alicaída confianza y permitirnos pronunciar, esta vez con plena convicción: “El Papa es uno de los nuestros. El Papa es peruano”.



“El Papa es uno de los nuestros. El Papa es peruano.

CONTACTO: INSTAGRAM: @FRAGMENTOS.PIENSA | CORREO: REVISTAFRAGMENTOS26@GMAIL.COM |



REVISTA DEDICADA AL PENSAMIENTO, LA EDUCACIÓN Y EL ARTE. UN ESPACIO PARA LEER, PENSAR Y COMPARTIR.

© 2026 REVISTA FRAGMENTOS | NÚMERO 8 | LOS TEXTOS PERTENECEN A SUS AUTORES.